

José María Bulnes

## 2. La definición empresarial del mundo indiano como desnuda naturaleza y su revestimiento institucional y político

Ha llegado el momento, en América Latina, en que se hace obligatorio no sólo denunciar regímenes y crímenes, sino llamar a juicio todo lo que se ha pretendido construir de duradero y justo sobre unos supuestos que apenas, si acaso, merecen describirse, generosamente, como un colchón de nubes.

El problema mayor es la dificultad de pensar el mundo nuestro desde una vivencia originaria y no escindida de él, surgida de una mirada que lo asumiera como centro; y lo igualmente difícil que es pensarlo comparativamente, a la vez desde él mismo y desde otros mundos.

Lo que diremos aquí, por lo mismo, podrá ser recogido como una primera y resumida indicación para abrir un debate cuya mayor novedad e importancia debe darla su actual perspectiva política.

Para algunos, esta indicación podrá aparecerse débil, por abstracta, y reducible a algo mucho más concreto: el caso extremo de capitalismo dependiente que es América Latina, en que se multiplican, combinándose, todos los males del capitalismo y de la dependencia, con todos sus corolarios. Hay en esto un problema de lenguajes. Cualquiera, en efecto, resulta a su manera, y para quienes no lo viven de inmediato, igualmente abstracto y cifrado; pero cada uno abre también, como con una llave distinta, ámbitos diferentes de hechos, sin lo cual muchos de ellos permanecerían en la sombra.

La tesis a que vamos llegando es que en el mundo latinoamericano o indiano, como se le llamó originalmente, desde la Conquista hasta nuestros días, lo institucional y lo político han sido un revestimiento de la realidad, particularmente engañoso y ofuscador para la acción colectiva. Y que el proceso social ha estado siempre y sigue estando entrampado por una visión fundamentalmente alienada y alienante del propio mundo, característica de unas empresas y unos empresarios que lo han ignorado y lo siguen ignorando, relacionándose con él como con un objeto inerte y moldeable, en términos exclusivos de su industria.

Acompaña esta tesis, que no es nueva sino en su énfasis, la personal certeza de que América Latina ya está definitivamente comprometida en una guerra interna y continental enormemente sangrienta y dolorosa y de incommensurables consecuencias, que sólo podría ser negada por quienes contemplan el campo buscando las batallas y choques de cuerpos armados que están en sus libros; y que la falta total de organización, el tiempo que ha de durar y los dolores y pérdidas irreparables de esta terrible guerra difusa,

son cosas que podrían corregirse, abreviarse o ser evitadas en gran medida, asumiendo el hecho de la guerra misma y con un esclarecimiento menos académico, estadístico y quejumbroso y más directamente político y estratégico de la situación.

Ahora bien, clave de ese esclarecimiento sería el hacerse cargo cabalmente de lo anterior, del hecho de que la visión que ha dominado teórica y prácticamente toda la historia de nuestro mundo, lo ha visto a él como una materia informe, logrando hacerlo tal para sucesivas empresas.

No se trata, pues, únicamente de lo que ordinariamente se entiende de la reeditada y corregida empresa explotadora en que América Latina ha estado inscrita desde su inicio y a la salida de cada una de sus revoluciones; ni de las empresas imperialistas que han coincidido o no han coincidido exactamente con las empresas internas, sino del proyecto mismo *imperial-empresarial moderno* extremo que vio a América, desde su "Descubrimiento", como pura materia prima o mera potencialidad disponible para cualquier actualización o moldeamiento concebible en el pasajero y arbitrario anhelo de sus pretendidos depositarios responsables.

Fruto maduro, podría decirse, del mortal Occidente, en búsqueda no sólo geográfica de un camino también occidental hacia el Oriente y su origen y, por lo tanto, hacia un nuevo inicio histórico, sabemos que en este proyecto estuvieron aliadas en clara reciprocidad las Coronas sucedáneas del Imperio y el Pontífice romano.

Mucho más chocante y aberrante que la empresa explotadora —conocida también en el Viejo Mundo europeo— es esto segundo: todo un mundo multitudinario de hombres y culturas concebido lisa y llanamente como materia bruta de la cruda empresa, no importa si sólo económica o también política y espiritual; cruda empresa y nada más, en su conjunto, y, en los hechos —*en el terreno*, por así decir—, repartida y negociada, como al mejor postor, una y otra vez y en cada una de sus partes, entre numerosos y cambiantes empresarios-concesionarios.

Insistamos en la diferencia con la dominación anegadora, ejercida también hasta el límite, por un modo de producción esencialmente explotador: dominación también implantada sobre los mundos antiguos en que tuvo su origen. Porque en ellos ese modo de producción, al cual se llegó tras un largo proceso histórico, nunca habría podido dejar de reconocer en una medida importante el peso de la propia realidad cultural e histórica y geográfico-humana —profunda y múltiple, ancestral, venerable e irreductible— que se identificaba con el propio ser de los mismos empresarios, que tenía sus leyes misteriosas e inviolables, y que se sabía —también por tradición— que volvía y que habría de volver siempre a aflorar para rechazar o desmentir las deducciones y proyecciones demasiado puramente lógicas o fantasiosas de cualquier sueño. Por lo menos hasta ayer, ésta habría sido la situación en el Viejo Mundo, y hoy mismo algo o mucho de esto se estaría manifestando en el nuevo renacer político de las etnias histórico-lingüísticas regionales. En nuestra América se habría tratado, en cambio, precisa y

característicamente, de lo que allá no ha sido posible del todo, siendo la proyección de la empresa soñada el criterio decisivo y único para la consideración y la conservación o la destrucción de todo lo que existe.

Lo institucional y lo político habrían sido, por lo mismo, entre nosotros —da lo mismo si “consciente” o “inconscientemente”—, no menos que las “requisitorias” que se les leían a los jefes indígenas, un importado revestimiento, adosado, de esta trata.

En efecto, en medio de la total destrucción de los monumentos, instituciones y rituales de las viejas culturas, de la completa desarticulación de la economía y de los modos de producción e intercambio propios y del inevitable aniquilamiento consiguiente de decenas de millones de hombres, cuyas lenguas, religiones, usos y gobiernos perdieron como por decreto toda vigencia, lo institucional y lo político —marco formalizador de la aventura en su articulación con el poder y la fe de los Imperios colonizadores—, que los concesionarios traían en la punta de sus lanzas, se plantearon sin referencias específicas diferenciadoras de ninguna clase sobre todas las sociedades y culturas históricas de las tierras conquistadas. Y esto, que cubría, mezclándolos, horrores y utopías (recordemos la de Tomás Moro aplicada por el humanista Vasco de Quiroga en las tierras tarascas de Michoacán, o las reducciones jesuitas del Paraguay) y que pudo abrumar en su inicio a más de una conciencia (desde el contradictorio Las Casas hasta Quevedo), se hubo de ir desdibujando a su vez, en tanto la vida, el tiempo, las proximidades y las distancias favorecían la consolidación de las mal revueltas amalgamas de los conquistadores y sus descendientes con los conquistados y esclavizados.

De ahí la tragedia, la realidad contradictoria, el mito y la utopía de nuestra América, y los problemas insolubles de su nombre; así como las falsedades de todas las invocaciones hispánicas gloriosas, alimentadas también por reacción por las no menos deleznable caricaturas anglosajonas; y lo contradictorio de los tan sentidos orgullos nacionales o patrióticos de nuestras ciudadanías republicanas, que sirven a la vez de barreras a la dominación extranjera y a la hermandad de nuestros pueblos, y de vendas ideológicas fáciles para no llegar a hacerse cargo combativamente de su liberación.

Para verlo más de cerca y no sólo desde los resultados de la destrucción, del reparto y del despojo, sino también desde la conciencia que se tuvo del problema, habría muchas cosas que estudiar de nuevo.

En los días de la Conquista, por ejemplo, la rebelión planteada por Gonzalo Pizarro frente a los enviados y a la misma autoridad de la Corona, y que llegó a cubrir gran parte del mundo meridional andino y el Pacífico Sur hasta Panamá, para acabar bajo el hacha del verdugo en el cadalso del Cuzco. Esta rebelión autonomista o independentista, que sellaran las terribles palabras del ajusticiado príncipe indiano, mirando desde el patíbulo a sus seguidores del día antes que asistían a su final silenciosos y embozados —“*Yo muero hoy, mañana me llorarán vuestras mercedes*”—, fue o puede

haber sido, como sostuvo la fiel memoria de Garcilaso de la Vega el Inca, la primera denuncia radical, demasiado tardía o temprana, de la inaceptable indiscriminación implacable, ya que no de la fragilidad, del esquema empresarial.

No cabría en ningún caso reducir el asunto de fondo a la sangre derramada y a las demasías y crueldades que han acompañado siempre la aventura política de los grandes poderes y que colorearon durante siglos los blasones feudales europeos y después las fantasmagorías de las historias políticas nacionales, y que siguen vigentes hoy.

La identificación del Nuevo Mundo con una empresa económica y política sin más ley que la de la operación de la empresa misma, se mantuvo y se reeditó, con el sesgo propio de sus nuevos mitos y utopías, en la empresa criolla de la Independencia y de nuestras Repúblicas. Esto salta a la vista si se observa la forma que han revestido social y políticamente tanto la preponderancia y la jefatura tutora y autoritaria de la clase dominante, como los proyectos eclesiásticos, los proyectos de las tiranías militares y, finalmente, los proyectos imperialistas —enlazados con los anteriores— de penetración, explotación, horadamiento y dominación de cada país, sin que nadie pueda decir que esto ha dejado al fin de ser así.

Sólo el calor de las luchas inmediatas, pasiones desmedidamente ciegas o la esperanza en la pura mecánica histórica de unos procesos que llevarían de todos modos y del modo más rápido a una victoria definitiva, nos podrían ocultar la importancia de ahondar en esto.

Como ya dijimos, creemos que hoy hay que hacerlo, como nunca, y desde la perspectiva de la guerra continental inevitable y ya empeñada. Agreguemos: y de todo lo que el esclarecimiento de esta guerra implica, empezando por la comprensión acertada de lo que ella significa, debiera significar y exige.

Es claro que América Latina, por sus dimensiones de todo orden, por su pasado y su presente, no es ni se deja describir como una simple factoría colonial. Pero éste no es el problema. Porque es o debiera sernos igualmente claro que quienes han dirigido la construcción de los rieles institucionales de su desenvolvimiento moderno han actuado en ella —aun sin saberlo— como si se tratara de un planeta deshabitado y casualmente inundado de hombres-niños, balbucientes apenas, necesitados de todo y de la mano del amo, útiles en tanto dóciles para el trabajo y perdidos —agitados aquí y allá por la conciencia justa de terribles agravios y por rebeldías también justas o que se han de reprimir como fiebres pasajeras o lamentables de niños.

Difícilmente hay algo que abrume tanto la conciencia y que, por otra parte, pese tan definitivamente en el juicio histórico condenatorio de quienes han capitaneado la empresa civil del mundo indiano en cualquiera de sus rincones, que esta visión que, como tal, sobrevive impunemente.

Mirando el problema desde el otro lado que proponemos, o sea, desde la guerra continental predicha ya tentativamente por Hegel hace 150 años, nada impide imaginar que ella pudiera prolongarse o seguirse prolongando

indefinidamente, cambiando de formas, por un periodo indeterminado de décadas, si ella no se formula de una vez por todas en términos valerosos que lleguen a tocar lo esencial de la vivencia que los pueblos latinoamericanos tienen de su propia existencia colectiva y de la justicia total a ella debida, empezando por la vivencia que permite resistir y sobrevivir a los antiguos pueblos sometidos, que eran los únicos legítimos dueños de la tierra y cuya desgracia pareciera ser la justa anticipación premonitória de la del resto.

Para comenzar, habría que reconocer serenamente que no existen verdaderas redenciones simplificadas o a medias. Y que el abstracto *homosociologicus* y *psicologicus* que se deja describir como "ser social" o "ser humano" digno de compasión o de cuidado, sólo satisface a la cultura o a la clase desarraigada que tiene relativamente bien asegurados sus medios de vida y se tranquiliza interiormente hablando de él. Y que si esa guerra verdadera de los pueblos logra encauzarse, ello será dejando de lado también los planteamientos revolucionarios abstractos que contendrían respecto a nuestro mundo el mismo vicio de la indeterminación, correspondiente a su filiación con los de un Viejo continente que por demasiado histórico o tradicional no necesita plantear o no llega a ver todo el problema de su peculiarísima historicidad.

Pero la sorpresa misma que despierta en el común de los latinoamericanos ilustrados la consideración del caso de su mundo desde el punto de vista de la guerra actual, nos indica la gran distancia que separa su pensar y actuar políticos de la realidad. Y, por más que no se necesitara que fueran muchos los que comprendieran esto, siempre estaría el problema de renunciar al juego político aceptado, para partir de nuevo desde la propia desnudez.

En otras palabras, la hazaña intelectual no se ha intentado, que renuncie al revestimiento político habitual de la crudeza de nuestra realidad, salvo en casos esporádicos o heroicos cuya verdadera historia todavía no se ha escrito.

Así también, no es justo o fácil moralmente denunciar, desde la propia cobardía, la cobardía o la injusticia del revestimiento ideado en la Conquista por los hombres que representaban las Coronas metropolitanas y la Iglesia —que se hicieron presentes desde el primer día y en las primeras construcciones de la Plaza o cuadrado central del trazado de las ciudades indianas. Y, del mismo modo, en los ideales republicanos y el proceso institucionalizador y constitucional de las Repúblicas —con todos sus parámetros, símbolos y representaciones— en el tiempo que ha seguido hasta nosotros.

La Conquista no se ha detenido en ningún momento, y la mayor parte de la intelectualidad preocupada latinoamericana juega hoy el mismo papel de los compungidos clérigos de entonces ante la Corte.

La raíz ideológica encubridora que acompañó esas tempranas construcciones ciudadanas, que no correspondían a una realidad social local establecida y muchas veces ni siquiera a un vecindario digno de ese nombre, habría

que buscarla, tanto en el proyecto empresarial fundador o en el deseo de seguir viviendo en el mundo que se dejó atrás y de representar desafiantemente el señorío propio acrecentado en el Nuevo, como en un temor religioso. El mismo que impedía nombrar las cosas con el descaro que poco tiempo después o por otros imperios se practicó en el resto del mundo. Todo se quiso ocultar, aun bajo leyes y ordenanzas perentorias que se tenía que saber o se supo pronto que jamás iban a ser cumplidas. En el terreno más obvio y concreto de las concesiones se mezclaban *adelantados*, comerciantes, soldados, socios, aventureros, encomenderos, clérigos, marinos, colonos, capitanes generales, gobernadores y virreyes, financistas, licenciados, cronistas, órdenes religiosas y funcionarios menores. Pero no hubo compañías, así llamadas por su nombre, como las inglesas de la India o de la Bahía de Hudson.

Desde la perspectiva propuesta, no interesa explorar cuánto de ello fue ibérico-medioeval o español y cuánto fue fruto de la vertiente florida deslumbradora del Nuevo Mundo. Y sería muy largo precisar todo lo que se mezclaba en la empresa de la Conquista misma: formas inveteradas o antiguas —asiáticas, clásicas, romanas, germanas—; formas guerreras e institucionales medioevales —feudales e imperiales—; formas burguesas mercantilistas —del Renacimiento y modernas—; formas esclavistas, de vasallaje y servidumbre, nobiliarias, cortesanas y libre-empresarias.

Y más difícil sería aún llegar a trazar con propiedad el marco mayor de *modernidad* que tuvo todo ello y la empresa misma, puesto que si bien el "Nuevo Mundo" fue hijo primogénito de la Modernidad, su historia ultramarina nunca se llegó a escribir en términos de una filosofía histórica universal en que ella pudiera quedar coherentemente inscrita y con la debida trascendencia, como se hizo con la historia de la Modernidad europea y la historia europea en general, ante cuyo espectáculo, significación y vicisitudes, nuestra historia pareció siempre menor, marginada —acto segundo—, opaca y dormida, colonial, campesina y costumbrista.

Alguna vez habrá de intentarse, y finalmente habrá de imponerse, algo real en este sentido, cuando se tenga un punto firme y eminente, suficientemente poderoso, de perspectiva. Y entonces se podrá o habrá que recorrer el proceso triturador y trasmutador de las razas y castas, hasta llegar a las clases, sectores y capas sociales presentes, así como habrá que revisar los Libros de Indias, buscando los primeros mitos y utopías, hasta llegar al sueño decimonónico nacional y ciudadano.

Lo que sabemos es demasiado general y sólo reflejo de lo de Europa. Por ejemplo, sabemos que el oro de América —que, como la plata, decuplicó el tesoro metálico de Europa— guió los pasos de la Conquista. Pero el problema sería llegar a saber si toda la destrucción de las culturas y pueblos de América que fue la Conquista, fue obra sólo de la ilimitada codicia y necesidad de oro, para la operación económica y política de la adquisición moderna y burguesa del mundo; y si todo lo que siguió fue nada más que la profundización del saqueo y la explotación bajo la fórmula goce-servidumbre.

Sobre esto último la documentación puede ser grande y elocuente, pero deja sin explicar el secreto que cimentó también la verdad y el aliento de nuestro proyecto de mundo: lo que en muchos de los mismos conquistadores fue la generosidad que tuvieron con su propia vida, la emoción que los embargó frente a la humanidad y a la desgracia de los vencidos, su renuncia definitiva al regreso, el amor y la ternura que los vinculó para siempre a sus primeras consortes extrañas, su final humildad religiosa —como la de Gonzalo Pizarro— para aceptar la muerte ignominiosa; y lo que en algunos fue también el destello iluminado, o la visión de la gloria de una antípoda como patrimonio de los que surgen desnudos.

Se plantea, así, el problema tan antiguo y decisivo de la identidad de América, que Garcilaso de la Vega el Inca quiso poner a la vista. Como prueba irrefutable de la validez de este problema, están todas las grandes letras latinoamericanas, así como la vida de incontables héroes. En nuestros días, en la misma patria del genial Garcilaso, la vida y la obra de José María Arguedas es testimonio inolvidable de lo mismo. Ningún americano verdaderamente sensible y grande se ha engañado en esto.

Frente a lo cual resulta más visible aun la falsedad de nuestras fronteras e institucionalidades burguesas.

Ningún ejemplo es más claro que lo que aconteció en relación con las culturas y pueblos indígenas en la Independencia. Derrotada España, tenida justamente como culpable de la destrucción de esas culturas, los Estados nacionales y republicanos hispanoamericanos se sintieron sus vengadores e incorporaron los símbolos y glorias de ellas a sus símbolos y mitos nacionales, así como a su poesía y al colorido de sus horizontes utópicos; pero no tuvieron ante las gentes que las perpetuaban y ante esas mismas culturas ningún problema de conciencia serio que les impidiera ignorarlas completamente y adelantar con frialdad y ferocidad la última etapa de su destrucción definitiva, con la sola alternativa ofrecida de integrarse en abyecta inferioridad en la nueva empresa —esta vez en nombre de la igualdad y la libertad— de la nación escolar burguesa. Y ese juego que subleva no ha cambiado hasta el día de hoy.

En el campo de la vivencia y de la expresión religiosas del pueblo, la oposición es también demasiado clara entre el impulso y ritual colectivo, político y mítico-utópico, y no personalizado, y la predicación privatizante, deshistorizante y apolítica, y personalizante, que cuenta con todos los medios de expansión y comunicación, cuando no —en sus formas más burdas— con el apoyo público de los Bancos.

No es extraño, entonces, comprobar la coincidencia que se repite en cada etapa entre el proyecto institucional y político del Estado y de la Iglesia, tal como en los primeros días de la Conquista, y en perfecta concordancia con el proyecto imperial de turno. Para recordar sólo los últimos años, la coincidencia que se dio en el último proyecto desarrollista y planificador, fundado en las encuestas sociológicas que servían para levantar los inventarios de déficits sociales y ganarle la partida a los planteamientos

revolucionarios; y, poco después, ante el fracaso del esquema y ante la expresión abierta y combativa de los pueblos que confiaban en la apertura social y democrática que se proclamaba y ante las limitaciones de hierro que la democracia imponía al lucro imperialista y al capitalismo nacional dependiente, la coincidencia que se ha dado en el cambio completo de giro, donde las más inhumanas tiranías montadas sobre gigantescos aparatos militares, de represión, exterminio y tortura, son legitimadas con el silencio, y en cuyo marco sólo se podría tratar de aminorar con caridades la parte más escandalosa del dolor visible.

No es anecdótico apuntar aquí la confusión moral de un obispo que en el momento anterior se arriesgaba a poner como epígrafe de una pastoral suya una frase del escritor francés Albert Camus, que decía que había llegado al fin el momento de "hablar claro, y pagar con su persona". Esto ocurrió en Chile. En la hora de la verdad, nadie allí, de su rango, hizo cabalmente lo uno ni sufrió lo otro.

Pero, el problema es también agudo en el interior de las organizaciones políticas que creen, quizás también de buena fe, identificarse en todo con la causa de los pueblos. Porque —sólo para enunciarlo brevemente— es demasiado evidente sobre todo hoy, en que se ven liquidados todos los cauces parlamentarios y democrático-formales que antes servían a las ilusiones y en que lo que se ofrece es por la otra parte sólo la guerra más implacable, el hecho de que los sacrificios y dolores de una larga lucha colectiva hasta la victoria o la extinción no van fácilmente a ser arrostrados por los pueblos bajo las banderas identificadas sólo con promesas de administración humanitaria y eficaz por el Estado, de la industrialización del continente y de la distribución más razonable posible, dentro de lo posible, de los ingresos.

Como cada día, sin duda, un número mayor de gentes, creemos que América Latina a su modo —igual que las demás grandes partes históricas del mundo— plantea inevitablemente una alternativa revolucionaria, socialista, antimperialista y antiburguesa diferente y específicamente suya, que no comparte en su caso los horizontes de los modos de vida y los valores característicos de lo que ha sido hasta hoy la tradición histórica de las metrópolis europeas. Menos aún de lo que ha venido llamándose el modo de vida norteamericano. Y que sólo la lucha, en media de la lucha, permitirá hacerlo ver y lograr verlo cada día más, para ir descubriendo la verdadera respuesta.

Pero esto comienza por un desnudamiento concreto de nuestra historia y de nuestras instituciones y costumbres políticas, y también por cierto académicas.

Lo que uniría a los crímenes con los errores, según lo que aquí señalamos, sería la visión que hemos denominado *empresarial* que, cambiando de forma, puede presentarse también como proyecto científico muy avanzado, humanitario y progresista. Esta visión —permisible quizás todavía en el Viejo Occidente, donde no necesitaría referirse concretamente a la realidad anímica colectiva, ya que la presencia y expresión de ésta no necesita tanta ayuda—, en el caso de nuestro mundo, lo hace todo invisible. Y esa visión se esconde

ella misma tras lo que ha sido, durante más de cuatro siglos, el imperativo encubridor de la arbitrariedad ahistórica —o de su contraparte moral, de la vergüenza político-metafísica—, en nuestra conciencia de ser un mundo social culpable y desnudo.

Se explica así la función que cumple y la fuerza que tiene entre nosotros el revestimiento institucional y político.

Lo institucional y lo político, al paso que enmascaran la crudeza de unas empresas que destruyen nuestro mundo al pretender construirlo desde una razón universal, logran de este modo una autonomía arbitraria y monstruosa que les permite desconocer largamente la base misma de un mundo social real, aceptable y posible, y llegan por ese camino a reproducir indefinidamente cualquier extremo imaginable de perversión.